

# EL DEFENSOR DEL OBRERO

SOBERANOS ALIENTOS

## ECCE VIVIMUS

Llegó la hora de despertar; el sueño es la enfermedad que domina a los católicos, ese enervamiento de las fuerzas religiosas que atesora la cristiana España.

Quédense las suavidades de la música y los fervores de éxtasis para el tiempo de la paz, pero en días de lucha tan titánica como los nuestros, las trovas han de ser guerreras, los panegíricos apolo-gías entusiastas y decididas.

Hay que levantarse, hay que despertar animosos, y ya que nos encontramos en medio de un duelo a muerte entablado por el error y la verdad, sacudamos la triste larva de la pereza—Cristo lo exige—y, desplegando al viento las velas de nuestra fe, que la apatía plegó sobre el mástil del decaimiento, que es el signo de la vida, que la fe no ha muerto, que la fe ha dormido, pero ahora se despiereza y aparece con los bríos de la Cruzada, con anhelo de realizar una epopeya que detenga los avances de la impiedad, para reducirla a pavesas y aventarla al aire, a la vez que sobre la ruina y los escombros, en que vendrán a parar todos los afanes sectarios, podamos cantar el himno de la victoria, gritando al mundo entero para que la Historia lo recoja: *Eccce vivimus.*

EL OBISPO DE MÁLAGA

## LA PLUMA

No con espadas, con plumas, que son más fuertes aceros, se consiguen las victorias, en los combates modernos.

Más hay plumas aguilíferas, y las hay de bajo vuelo, que de la abeja o del áspid toman la miel ó el veneno; arma de ocultos destinos pronta a defensas y a retos, la pluma, hogaño, es el arma de los símbolos diversos.

Cuando el error, cuando el odio la empuñan es un proteivo zapador de ojillos ruines larga cola diente negro, que de tronos y de altares muerde los sacros cimientos, y en cada gota de tinta pone una lengua de fuego.

Pero en las manos hidalgas del santo y del caballero, es una espada de arcángel forjada en yunque del cielo.

C. ESPINA DE SERNA

## Estudios Sociales

### ORIGEN DE MUCHOS MALES

En la lucha incesante que desde el Paraíso Terrenal, sostienen el bien y el mal, pocos periódicos ha habido tan críticos como los actuales.

La impiedad se ha extendido de manera aterradora. Desde las cumbres del Estado, donde ha establecido sus reales, extiende su influencia a todos los organismos de la sociedad, y sirviéndose de todos los adelantos de las ciencias y de las artes aviva las pasiones, segura de que mientras reinen éstas como señoras, la fe vivirá anémica en los entendimientos o desaparecerá por completo.

Como en ciertos estados patológicos, en que las enfermedades se complican y agravan mutuamente, es difícil que el médico diagnostique a menos de buscar el origen y causa única de aquel estado morboso, difícil es señalar la causa principal y casi única del estado social a menos de llevar a la fe por guía.

La corrupción actual que se extiende a todos los órdenes y capas sociales y que al parecer, es la causa primordial de todos los desórdenes y males que padecemos, tiene por origen el enfriamiento de la fe y el deseo inmoderado de placeres.

Todos aquellos en quienes o no existe o no vive apagado el amor y temor divinos, solo buscan gozar. Si son ricos en eso emplean el dinero, si son pobres odian a los ricos y en cuanto pueden tratan de imitarlos.

El ansia voraz de riquezas que sienten grandes y pequeños no tiene otra causa. Gozar y gozar. Aprovechándose de estas ansias innobles, empresarios sin conciencia realizan el comercio infame de las pasiones, y unos levantan cines, templos infames de Venus; otros representan piezas teatrales que no soñaron los epicúreos de Corinto; otros pagan a plumas mojadas en todas las inmundicias para ensalzar y propagar el vicio; y la imprenta, la fotografía, el grabado, la pintura, la música y el verso están condenados a servir de vehículo y ex-

citación de todos los apetitos bestiales.

Si preguntáis a esos infernales empresarios por qué realizan tanta maldad, todos contestarán que para sacar dinero y gozar a su vez. Y los impuestos que pesan sobre el desdichado contribuyente tienen por causa principal el deseo de gozar, para ello se cometen desfalcos y se roba con más o menos riesgo en ministerios, oficinas, municipios y compañías.

Pues bien, se ha perdido o enfriado la fe, se excitan todas las pasiones en la prensa, en el teatro, en el cine y en ese comercio infame que se extiende como una plaga, que constituye una esclavitud peor que la romana y que en vez de apellidarse trata de blancas debiera apellidarse esclavitud horrenda, se realiza públicamente y a mansalva tanto mal, gracias al liberalismo.

El liberalismo es su principal causa. Por eso, sin condenar a los que tratan de reparar los estragos del mal y aun apoyándolos con mi ayuda oro que, trabajando en aminorar sus desastres, deberíamos buscar el medio de herir de muerte al liberalismo. ¡Maldito sea!

F

## La barrita de oro

I

Pues, señor, érase un hombre muy bueno y que quería mucho a su hijo.

—¡Como, papa a ti, sólo que el hijo querría más a su padre que tú quieres al tuyo!

—Ay, abuelita! No digas eso, que le quiero mucho.

—Si le quisieras le obedecerías en todo, no dirías mentiras y sabrías bien las lecciones.

Sonrióse la abuelita y continuó su relato:

—A ese señor le llegó, como a todos, la hora de la muerte; él no la temía, porque había procurado vivir bien, y confiaba en la bondad de Dios que le perdonaría las faltas que indudablemente habría cometido, pero sentía dejar sólo en el mundo a su hijo.

—¡Sólo! ¿y su mamá y su abuelita?

—Luisito, así se llamaba el niño, no tenía mamá ni abuelita.

—¡Pobrecillo! ¡qué triste se quedaría sin quien le contase cuentos!

—No me cortes el hilo, porque sino no vamos a concluir: oye y calla.

—Callo.

—Al sentir su muerte próxima, llamó a su hijo y le dijo:

«Hijo mío, el afán del hombre en la tierra es conseguir la felicidad; tu también la apetecerás y la buscarás tal vez inútilmente, si no eligieses buen camino; la «Felicidad» es una flor rara, es una rosa azul, muy difícil de conseguir; toma esta barrita de oro, y cuando vaciles, cuando dudes si el camino, que vas a emprender es bueno ó malo, consulta la barrita de oro: si está limpia y tersa, es que vas bien; si está ligeramente empañada sigue otro rumbo,—y ¡ay de tí, si tanto la dejas empañar que no vuelva a adquirir su primitivo brillo!

—Padre mío, ¿y hacia dónde está esa rosa azul?

—Lejos, muy lejos, hacia...»

Y no pudo concluir, la muerte selló sus labios, y su última mirada se dirigió al cielo.

II

Y Luisito, ya solo en el mundo y con su barrita de oro, emprendió su camino en busca de la rosa azul, y anda que andarás, anda que andarás, pasaban días y semanas, y meses y años, y ni encontraba la Felicidad, ni nadie le daba razón de ella, aunque todos la buscaban.

Un día se encontró con un alegre grupo compuesto de una hermosa muchacha y varios gallardos mozos.

—¡Fatos, pensó, deben saber en donde está la «Felicidad», pues parecen muy dichosos.

Como si hubiese leído en su pensamiento, la hermosa joven se acercó, y Luis con mucha desenvoltura le dijo:

—¿Quiénes sois?

—Soy la Voluptuosidad; mis compañeros son los Placeres.

Luisito vaciló, se sintió atraído hacia los placeres, pero se acordó de su barra de oro y la consultó; la barra estaba ligeramente empañada.

—Véte, Voluptuosidad, dijo.